

# **La filiación**

William C. REID

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Prefacio . . . . .	3
2 - La filiación eterna de Cristo . . . . .	3
3 - La filiación de Cristo en el tiempo . . . . .	4
4 - La filiación de los seres angélicos . . . . .	5
5 - Israel como hijo de Dios . . . . .	6
6 - La filiación en <b>Romanos 8</b> . . . . .	6
7 - La filiación en <b>Gálatas</b> . . . . .	7
8 - La filiación en <b>Lucas 15</b> . . . . .	8

## 1 - Prefacio

Dios se ha complacido en revelar a los hombres, y especialmente a aquellos que han sido puestos en relación con él, su pensamiento y voluntad. Toda criatura tiene alguna forma de relación con Dios, incluso la más baja, pero los hombres han sido llevados a una relación especial con él, por haber sido creados con la capacidad de entrar en sus pensamientos en alguna medida. El libro del Génesis, que nos da el relato divino de la creación, fue dado especialmente a Israel en primer lugar, a una nación que había sido llevada a una relación de pacto con Dios. De hecho, la principal ventaja que tenía Israel sobre las demás naciones era que a ellos «les fueron confiados los oráculos de Dios» (Rom. 3:2). Solo aquellos que han sido introducidos en la familia de Dios en una relación de nueva creación tienen la capacidad de entrar en la revelación que Dios ha dado de sí mismo en la persona del Hijo. El hombre tiene naturalmente una mente capaz de entender algunas de las cosas relacionadas con la creación, pero la aprehensión de las cosas espirituales pertenece solo a aquellos que están habitados por el Espíritu Santo de Dios.

## 2 - La filiación eterna de Cristo

La relación de hijos es la relación más bendita en la que cualquier hombre puede estar con Dios y, como veremos, Dios se ha complacido en traer a algunas de sus criaturas a esta relación consigo mismo; pero hay uno que está en la relación de Hijo con Dios de una manera única, de una manera que ningún otro puede estar, pues es la relación eterna de Aquel de quien las Escrituras dicen: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios» (Juan 1:1-2). En él se ha revelado Dios, como nos dice el mismo escritor: «Nadie ha visto jamás a Dios: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18).

«En el seno del Padre» habla del lugar peculiar del Hijo único. Aunque todos los santos de Dios son amados por el Padre, y aunque el Hijo ha dicho que el mundo aún sabrá que somos amados por el Padre con el amor que descansa en él (Juan 17:23), sin embargo, este lugar en el seno del Padre es solo suyo, pues nos habla de su relación divina y eterna con su Padre, el lugar que era suyo antes de venir a la humanidad, y que nunca podría dejar de ser suyo. No se trata de un lugar o una relación en la que él entró, sino de lo que le pertenecía esencial y eternamente por

ser quien era y es. Toda mención del Hijo como el único tiene en mente esta relación eterna, una relación que era y nunca podría dejar de ser.

En [Juan 17:5](#) el Hijo dijo: «Glorifícame tú, Padre, al lado tuyo, con la gloria que tenía junto a ti antes que el mundo fuese». El Hijo estaba con el Padre antes de que el mundo fuera, y tenía la gloria con el Padre antes de que el mundo fuera, y ahora el Hijo, como Hombre, habiendo llegado al lugar de dependencia de Dios el Padre, desea tener como Hombre la gloria que era suya como Hijo con su Padre en la eternidad. En el versículo 24 de este mismo capítulo el Hijo pide al Padre que los suyos estén con él en su casa para contemplar esa gloria que es suya como Hijo eterno.

Pablo se une a Juan al presentarnos la gloria del Hijo eterno, donde escribe del Hijo del amor del Padre, diciendo: «Porque en él fueron creadas todas las cosas... todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él» ([Col. 1:16](#)). Aquí no nos queda ninguna duda de que fue como Hijo que el Señor Jesús creó todas las cosas, así como Juan registra al principio de su Evangelio que fue el Verbo eterno el que hizo todas las cosas. El escritor de la Epístola a los Hebreos también nos dice que los mundos fueron creados por el Hijo, diciendo: «Dios... al final de estos últimos días nos ha hablado por el Hijo... por medio de quien también hizo el universo» ([Hebr. 1:1-2](#)).

## 3 - La filiación de Cristo en el tiempo

Habiendo llegado a la edad adulta, el Hijo de Dios entró en sus nuevas condiciones en la relación que siempre fue suya como Hijo con su Dios y Padre, de modo que ahora era Hijo de Dios como Hombre, en el lugar de dependencia y sujeción que correspondía a los hombres. No era una relación nueva para el Hijo, pero él entró en la relación de una manera nueva, y como ningún hombre la había conocido antes. Esto había sido predicho en el [Salmo 2](#), donde el Señor dijo: «Jehová me ha dicho: Mi Hijo eres tú; yo te engendré hoy» (v. 7). Esta palabra profética se cumplió con la venida de Jesús al mundo, cuando el ángel le dijo a María: «La santa Criatura que nacerá, será llamada Hijo de Dios» ([Lucas 1:35](#)).

En el Evangelio según Juan, donde no se da el nacimiento del Señor Jesús, su encarnación nos está presenta en 1:14: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como la del Hijo único del Padre), lleno de gracia y de verdad». Aquí estaba el Hijo en la humanidad, en relación con Dios como Hijo y como

Hombre, teniendo la misma relación con él que en la eternidad, pero teniéndola en condiciones y circunstancias totalmente nuevas.

Juan Bautista, en [Juan 1](#), habló del Señor Jesús como Hijo de Dios, diciendo que no lo conocía así, pero el que lo envió le dijo que aquel sobre el que vería descender el Espíritu Santo, y que permanecería sobre él, era el que bautizaba con el Espíritu Santo. Juan se dio cuenta de que esto solo podía decirse de uno que era Dios, por lo que dijo: «He visto y he dado testimonio que este es el Hijo de Dios» ([Juan 1:34](#)). Bautizar con el Espíritu Santo nos dice que Jesús en el cielo es el Hijo de Dios allí.

Jesús también será conocido como Hijo de Dios en un día venidero, pues Natanael confesó a Jesús como todavía será confesado por su pueblo Israel: «¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel!» ([Juan 1:49](#)).

## 4 - La filiación de los seres angélicos

El Señor mismo levanta para nosotros el velo del tiempo para que podamos mirar hacia atrás, antes de que se completara la obra de formación de la tierra, pues le dijo a Job: «¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra... Cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?» (38:4-7). Dios consideraba entonces a los seres angélicos como sus hijos. Se trata de una relación de creación, pero de seres en el orden más alto de la creación, los que pudieron regocijarse en la obra de la mano de Dios, y especialmente en este acto de preparar la tierra para la habitación del hombre, pero donde el Hijo de Dios mismo vendría a poner el fundamento en la redención para el cumplimiento de los consejos eternos de Dios.

De nuevo, en [Génesis 6:2](#), leemos sobre los hijos de Dios. Estos, según parece en el versículo 6 de Judas, son «los ángeles que no guardaron sus orígenes, sino que abandonaron su propia morada». Era un asunto muy grave que los ángeles, que habían sido tan favorecidos por Dios, se apartaran del lugar en el que Dios los había colocado para satisfacer sus propios deseos. El hecho de que se les llamara «hijos de Dios» habla de la relación de favor en la que Dios los consideraba como sus criaturas.

## 5 - Israel como hijo de Dios

Cuando Faraón afligió a Israel, el pueblo de Dios, Dios envió a Moisés a decir a Faraón: «Jehová ha dicho así: Israel es mi hijo, mi primogénito. Ya te he dicho que dejes ir a mi hijo, para que me sirva, mas no has querido dejarlo ir; he aquí yo voy a matar a tu hijo, tu primogénito» (Éx. 4:22-23). De entre las naciones de la tierra, Dios había elegido a Israel para ser su pueblo, y como nación lo consideraba como su hijo, y dio a entender a Faraón el lugar privilegiado que esta nación tenía ante él, incluso el lugar del primogénito, el lugar principal por encima de todas las naciones de la tierra. Debido a esta relación privilegiada con Dios, Israel era cuidado y vigilado constantemente por Dios.

En su mensaje a Faraón, Dios dejó claro que deseaba que su pueblo le sirviera. Ser hijo de Dios a nivel nacional conllevaba un privilegio y una responsabilidad. Esto se enfatiza en Malaquías 1:6, donde Jehová dice al remanente de Israel: «El hijo honra al padre... si, pues, soy yo padre, ¿dónde está mi honra?». La responsabilidad es proporcional al privilegio –los privilegios de Israel eran inmensos, pero fueron despreciados; de ahí la severidad de los juicios.

Entre los hijos de Israel, Salomón ocupó un lugar privilegiado ante Jehová, que dijo de él a David: «Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo» (2 Sam. 7:14). La responsabilidad de este lugar favorecido se enfatiza de inmediato, pues Dios añadió: «Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres». Desgraciadamente, Jehová tuvo que cumplir esta amenaza, pues Salomón se dejó llevar por sus muchas esposas, y en 1 Reyes 11 se cuenta cómo Jehová le castigó con vara de hombres y con azotes de hijos de hombres.

## 6 - La filiación en Romanos 8

La filiación de los hombres se encuentra de una manera totalmente nueva en este capítulo: «Porque –dice el apóstol– todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (v. 14). Anteriormente en el capítulo se habla del Espíritu de Dios de diferentes maneras: Es el Espíritu de vida, el Espíritu de Dios y el Espíritu de Cristo, aquel por el que Cristo habita en nosotros, aquel que nos da el carácter de Cristo, y que es el Espíritu de poder. Todos los que están habitados por el Espíritu Santo están bajo su dirección, y son hijos de Dios. Esto es algo muy diferente de la filiación por creación, como pertenecía a los ángeles, y diferente de la filiación

nacional que tenía Israel.

Una nueva familia ha sido formada por el Espíritu de Dios, y el Espíritu Santo mora en cada uno de esta familia divina. Israel, bajo la ley, tenía un «espíritu de servidumbre» que lo mantenía en el temor, pero «hemos recibido Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (v. 15). En la libertad de nuestra relación cercana con Dios, nos dirigimos a él como Padre, porque es la forma en que se ha dado a conocer en la Persona del Hijo. En este capítulo también se nos ve como hijos de Dios, pues no solo tenemos la filiación por adopción, sino que hemos nacido como hijos en la familia de Dios.

En la actualidad los santos de Dios no se manifiestan como sus hijos, porque el mundo no sabe que esta es nuestra relación con Dios; pero ciertamente viene el día en que seremos manifestados así, y es por este día que la creación gime y espera (v. 19-22). Tenemos el Espíritu Santo como las primicias del día venidero, y entonces entraremos en la plena bendición de nuestra relación con Dios como sus hijos, tal como está escrito, «aguardando la adopción, (es decir) la redención de nuestro cuerpo» (v. 23). En nuestros cuerpos glorificados tendremos nuestra parte con Cristo en la gloria de su reinado, y en todo lo que nos espera en la Casa del Padre.

Debemos ser conformados a la imagen del Hijo de Dios, cuando tengamos nuestros cuerpos glorificados, «para que él fuese el primogénito entre muchos hermanos» (v. 29). Es nuestra asociación con Cristo lo que da a los santos de este período su lugar peculiar de bendición. Cristo nos llama sus hermanos, sus compañeros, sus amigos, su Cuerpo y su Esposa; pero también compartimos su lugar ante el Padre. Otras familias serán bendecidas en el día venidero, otras disfrutarán de la relación de hijos ante el Padre, pero los santos de este día son hijos en asociación con el Primogénito entre muchos hermanos; y la iglesia es «la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo» (Hebr. 12:23).

## 7 - La filiación en Gálatas

El nuevo nacimiento nos hace hijos de Dios, pero «todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús» (Gál. 3:26). Llegamos a la filiación por adopción, habiendo sido pecadores ante Dios, y es la fe en Cristo la que nos lleva a esta nueva relación con Dios. Los santos del Antiguo Testamento nunca estuvieron en esta relación de hijos con Dios, porque no estaban asociados con Cristo, ni tenían el conocimiento

del Padre o del Espíritu Santo que los habitaba. Eran hijos de Dios, como lo somos nosotros, pero no sabían que esa relación les correspondía; solo los que han recibido al Hijo, venido en carne para revelar al Padre, pueden ocupar ese lugar (Juan 1:12). Bajo la ley, los santos de Dios eran hijos, pero ahora que la fe ha llegado en contraste con la ley, la filiación es la relación de los que tienen fe.

La «adopción de hijos» no podía conocerse hasta que «Dios envió a su Hijo... para que recibiésemos» esta bendición (4:4-5). Habiendo sido introducidos en esta relación con Dios, él nos ha dado su Espíritu para que podamos estar en la conciencia y el disfrute de ella; y al conocer a Dios en la intimidad de esta nueva relación, por el Espíritu de filiación que mora en nosotros clamamos: «¡Abba, Padre!». Cada santo de Dios es «hijo; y si hijo, también heredero mediante Dios» (4:7).

En Efesios 1:5 se nos ve como predestinados «para ser adoptados para él por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad». Desde la eternidad fue el deseo de Dios tener hijos en los que pudiera encontrar su complacencia, y fuimos señalados para esta bendita relación antes de que existiéramos, y en asociación con su propio Hijo, en el lugar más cercano a él. Cómo alaba esto la gloria de la gracia de Dios, gracia que nos ha dado el lugar de cercanía y afecto del Amado. Las riquezas de la gracia de Dios quitan nuestros pecados, pero la gloria de la gracia de Dios brilla al hacernos sus hijos. Este es nuestro llamado; y en el capítulo 4:1 se nos exhorta a andar «de manera digna del llamamiento con que fuisteis llamados».

## 8 - La filiación en Lucas 15

Qué hermoso es el tipo que lleva al pródigo a un lugar tan maravilloso ante el Padre. Los pecadores que eran totalmente indignos son recibidos con el abrazo de un Padre y cubiertos de besos. La mejor túnica nos dice seguramente que somos aceptados en el Amado, agraciados en Cristo ante Dios en su propia justicia, «para que llegásemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor. 5:21). Para mostrar que la dignidad de hijos es nuestra, se nos da el anillo; y los zapatos revelan los privilegios de los hijos en la presencia del Padre. Una vez muertos, pero hechos vivos, estamos llevados a la presencia del Padre, a través de la muerte de su Hijo, para estar en su casa ante él, y con él celebrar en fiesta su maravillosa gracia.